

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Los tratos de Dios para con Jonás

Personalidad extraña de un hombre a quien le importaba más su propia reputación de profeta (2 Reyes 14:25) que la obediencia al llamamiento de Dios. ¡Se apartó de la misión divina, porque temía que esta diera fruto y desmintiera su profecía de juicio! En efecto, si Dios perdonaba a los ninivitas, podrían decir que su predicción había sido falsa, cuando Jonás había anunciado anteriormente la destrucción de la ciudad.

En lugar de responder al llamamiento, huyó de delante de Dios. Descendió a Jope, entró en el barco, luego descendió al fondo de la embarcación donde “se había echado a dormir” (Jonás 1:5). ¡Qué lugar para un profeta de Dios! Por consiguiente, la disciplina debía ejercitarse hacia él, instrumento de desgracia para sus compañeros de viaje, lo contrario del apóstol Pablo en Hechos 27.

Esta disciplina se efectuaría en varias fases.

- 1) En primer lugar la tempestad fue ineficaz: Jonás dormía al fondo en la bodega del barco.
- 2) Llegaron las preguntas de los marineros: “¿Qué tienes, dormilón?”. Jonás les había dicho que huía de Dios, pero apenas si él se preocupaba por ello; en cambio, los marineros estaban llenos de miedo al saber esto. El profeta fue conducido a confesar lo que había hecho: “Yo sé que

por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros” (v. 12). A menudo es difícil hacer esta confesión, pero no debemos dudar en hacerla cuando es necesaria, incluso delante de nuestros hermanos.

- 3) Jonás fue lanzado al mar. Pero la gracia de Dios proveyó un gran pez para preservarlo. Durante tres días y tres noches en las profundidades del mar, desde el fondo de su desamparo, clamó al Señor.

La disciplina lo condujo a la presencia de Dios. Estando solo en lo que llama el “seno del Seol”, clamó a su Dios. Desde el fondo de su angustia, desde el abismo, desde lo profundo de los mares, cuando su alma desfallecía en él, se acordó de Dios; su oración llegó hasta Él, en el templo de su santidad.

A pesar de todo, el profeta no perdió su confianza en Dios y concluyó su súplica con estas palabras notables: “La salvación es del Señor”.

La disciplina, ¿llevaría su fruto? Por desgracia, todavía no. Jonás fue a Nínive; el mensaje de Dios fue escuchado; su profecía tocó la conciencia del rey y del pueblo, quienes se arrepintieron. En consecuencia el juicio fue suspendido, Dios no lo hizo venir en vida de Jonás. Pero esto no pareció bien al profeta y se enojó. No tuvo en cuenta la gracia, ni la comprendió, y le reprochó a Dios por ser misericordioso y lento para la ira.

- 4) Entonces vino la cuarta fase de la disciplina, casi una lección de escuela infantil. Dios preparó una calabacera para que hiciese sombra sobre la cabeza de nuestro predicador, a fin de librarlo de su miseria. Jonás se maravilló de esta protección con un gozo ingenuo. Pero al día siguiente el arbusto se secó; el pobre profeta se irritó desmedidamente por su árbol. Entonces Dios debió

decirle: “Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció. ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda?” (cap. 4:10-11). Jonás se preocupaba mucho por lo que le atañía, pero era indiferente ante el destino de las almas que se perdían. Ante la reprensión divina, se silenció. Sin embargo, Dios en su fidelidad había preparado sucesivamente para su siervo: el viento, el pez, la calabacera, el gusano, el viento solano. Nada de esto había llegado por casualidad, sino que todos eran, en las manos de Dios, instrumentos de su disciplina que al profeta le costaba tanto trabajo comprenderla y aceptarla.

Los marineros siguieron su camino en el mar en calma; los ninivitas fueron librados del juicio; pero Jonás, enojado, deseaba la muerte. Sin embargo, finalmente un trabajo debió haberse hecho en su alma, ya que bajo la acción del Espíritu de Dios no temió escribir su historia y reconocer así sus faltas.

Extracto del libro “Más fruto” de G. André

¿Huir u obedecer?

Ubiquémonos veintiocho siglos atrás. En aquella época existía una gran ciudad llamada Nínive, la cual ostentaba sus riquezas a orillas del río Tigris (Norte del Irak). Era una ciudad pervertida, por ello Dios decidió juzgarla. Envió a Jonás, uno de sus profetas, para anunciarle la terrible noticia (Jonás 1). El profeta no quería ir a proclamar ese mensaje. ¿Tenía

miedo de que un pueblo indignado le hiciese daño? ¿Pensaba que Dios podría perdonar a ese pueblo? Y, ¿por qué perdonaría Dios a un pueblo tan corrompido? Jonás huyó a un lugar en donde nadie iría a buscarlo. Nadie... ¡excepto Dios, quien lo sacó de allí y le reiteró su orden! Jonás regresó, obedeció a Dios y proclamó: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jonás 3:4).

¡Entonces sucedió un milagro! Los habitantes de Nínive se arrepintieron. Dios los perdonó y les levantó el castigo. “Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ezequiel 33:11).

¿Qué enseñanza nos da este pasaje?

En mi vida, ¿no huyo a veces porque quiero escapar de mi responsabilidad? Sin huir a los confines de la tierra, quisiera evadir mi deber. Las buenas razones que alego confirman mi desobediencia. Entonces trato de esconderme o me enredo en los afanes de la vida hasta perder la conciencia de la presencia del Señor. Pero la voz divina se dirige a mí: “¿Qué tienes, dormilón?”.

El Señor pone en nuestro camino numerosas ocasiones para dar testimonio de él. No sigamos el camino de Jonás; más bien digamos: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8).

PARA TODOS EB	Suscripción gratuita, escribir al editor:
	Ediciones Bíblicas PARA TODOS 1166 Perroy (Suiza) paratodos@ediciones-biblicas.ch
	Impreso en Suiza. Publicación mensual.
Lea el texto del calendario “La Buena Semilla” en la página web http://labuenasemilla.net . Aplicación para móviles con este código o en la página web http://app.labuenasemilla.net .	